



CANTO TERCERO

La fresca aurora con fulgor divino
El Oriente esclarece, preparando
Al sol radiante el eternal camino
Rosas en él y perlas derramando:
Y á su matiz y aspecto peregrino
El sueño huye de la luz temblando;
Suenan las trompas, y al combate llaman,
Y los pechos magnánimos inflaman.

II

A mantener audaz el noble paso
Villacorta salió, soldado fuerte,
Largo en hazañas, en hablar escaso,
Y de moros azote, horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el aragonés Francisco Faces,
Terror tambien de las moriscas haces.

III

Benavides despues su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Quebrantando tres lanzas con destreza
En su competidor Jofre Cabada.

Y Zúñiga tambien su alta nobleza
Probó, y dejó su fama acreditada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

IV

Y á sostener la liza entró gallardo,
Pero Nava el valiente y el forzado;
Conduce su corcel á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Cuando con paramento rojo y pardo,
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo, con cabos negros y brioso,
Salió á la lid Abréo el jactancioso.

V

Era de Portugal, de ánimo fiero,
De dura condicion, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporcion y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrevido, insolente, amenazante;
Despreciador de ajena valentía,
Y lleno de soberbia altanería.

VI

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero cráneo y parda piel de un oso,
A quien muerte tal vez él mismo diera.
De un refinado fresno alto y ñudoso
Su gruesa lanza fabricada era:
Y un águila en la tarja pintó al vivo,
Y este soberbio mote: *Aún más altivo.*

VII

Los senos de la tierra retemblaron
De jinete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron
Disgusto grave de fatal suceso.
De su feroz aspecto se turbaron,
Viendo que á Nava lleva tanto exceso:
Mientras este tranquilo gloria nueva
Espera muy gozoso de esta prueba.

VIII

Sonó el clarín, y silbadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte más veloz y más derecha
Que Nava contra el fiero lusitano.
Este tambien con cólera deshecha
Rompe el ijar del pisador lozano:
Se estremece el concurso al ronco estruendo,
Y el polvo va la luz oscureciendo.

IX

Nava firme y seguro en los arzones
Sobre el estribo diestro se suspende;
Alza el escudo, bate los talones,
Y entrambas bridas al caballo extiende:
Y librando su peso en las acciones,
Sobre el peto enemigo el asta tiende,
Llegando con tal ímpetu á enconrallo
Que derribó al jinete y al caballo.

X

Del modo que en el agria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja
Al golpe atronador del rayo ardiente
Peñasco inmensurable, se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baja;
Así á impulso de Nava en presto vuelo
Jayan, lanza y caballo vino al suelo.

XI

De Orbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y són de la armadura,
Retumbaron las grutas de las fieras,
Y resonó el estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisonjeras
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

XII

El portugués, corrido y de ira ciego,
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego,
La abollada visera deslazando.
Sus parciales y amigos corren luégo,
Y en descompuesto són el grito alzando
A Nava insultan con audacia fiera,
Pidiendo que no valga la carrera.

XIII

Imprudentes á todos desafian,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.
Unos la ardiente espada requerian,
Otros aprestan la nervuda lanza.
De Nava los parientes acudian,
Crece la confusion, ya no hay templanza,
Cunde de la discordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razon ni el ruego.

XIV

El monarca irritado al punto ordena
Que éntre á calmar los ánimos don Suero:
La trompeta real á bando suena,
Y entra en la plaza el noble caballero.
A su mando la turba se serena,
Y al ver su rostro y su ademan severo,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

XV

Como cuando en Océano espumoso
El uno y otro desatado viento
Cubre el cielo de luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento;
Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el huracan, las nubes huyen,
Y las hinchadas ondas se destruyen.

XVI

El discreto don Suero de Quiñones
Por dejar todo bando apaciguado,
Recuerda las juradas condiciones
Y torna el circo á su primer estado.
Y Abréo nuevamente los arzones
Ocupando vencido y despechado,
Acompañado de su gente osada
Confuso se salió de la estacada.

XVII

Entró en ella el gallardo Pero Rios,
Que el blando bozo le apuntaba apénas...
...¿Por qué, tierno doncel, en desafíos
Tus delicados brazos hoy estrenas?
Si sólo entre placeres y amoríos,
Y en las batallas del amor serenas
Tienes tu blando pecho ejercitado,
¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

XVIII

Tú, feliz en amor, con mil canciones
Al suave triste són de la vihuela
Arrastras femeniles corazones,
Y por su ardor el tuyo se desvela.
¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
Y así ensangrientas la redonda espuela?...
Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,
Y las armas te causan alborozo.

XIX

Ufano la estacada recorriendo,
Mirando á los balcones y á las gradas,
Las altas plumas del crestón meciendo,
Con ricas armas de oro salpicadas,
Mil almas juveniles va rindiendo
Por su lozano garbo conquistadas;
Y su dama, turbada y cuidadosa,
Ya lo mira risueña, ya celosa.

XX

Cuando por otro lado á paso lento,
En un morcillo hermoso y enlutado
Con negro y amarillo paramento,
Colores del crestón empenachado,
Entró mostrando duelo y sentimiento,
Ceñido de un arnés empavonado,
El desgraciado Lope de Ferrara,
A quien una gran pena acongojara.

XXI

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
Del reino esclarecido valenciano
Gallarda y discretísima doncella,
Que iba á premiarle con su hermosa mano.
Mas ¡ay! que estando en sus jardines ella
Sola y cerca del mar ¡hado tirano!
Unos corsarios bárbaros surgieron,
Robáronla atrevidos, y partieron.

XXII

Él desde entónce en llanto sumergido
De triste negro luto se vestía,
Que el cautiverio de su bien perdido
En dolor abismado le traía.
De negro lleva su broquel bruñido,
Y en medio dél de empresa le servía,
Por mote, *Mi ventura*, y esmaltada
Una rosa marchita y deshojada.

XXIII

Corrió tres lanzas con el tierno Rios,
Que aunque no ejercitado en esta prueba
Su misma ilustre cuna le da brios,
Y por escudo la fortuna lleva.
Si ántes era famoso en amoríos,
Hoy por armas adquiere fama nueva,
Y llevando mil almas cautivadas
Deja el circo entre aplausos y palmadas.

XXIV

El claro sol los rayos de su frente
Ostentaba en zenit enrojecido,
Cuando el pesado caluroso ambiente
Una trompa agitó con su sonido:
Y entró en el circo apresuradamente
El faraute Guarín, y dirigido
A los jueces, teniendo al vulgo atento,
Les dijo de este modo en alto acento:

XXV

«Sabad, oh jueces, que en el paso ha entrado,
Sin que venga con ella caballero,
Una hermosa señora, que á su lado
Un paje trae no más y un escudero.
La condicion prescrita le he avisado,
Y dando azote al palafren ligero
Detrás de mí se acerca á la estacada,
A entregaros la prenda señalada.»

XXVI

Y en el momento fué la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama, que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta,
Y vestida de luto, en un brioso
Palafren con riquísimos jaeces
Llega por fin delante de los jueces.

XXVII

Llevaba en pos vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas,
Sobre un lozano potro, un pajecillo
Adornado con plumas encarnadas.
Y en un fogoso pisador morcillo
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero, por decoro, anciano
De luenga barba y de cabello cano.

XXVIII

Los suaves sonoros instrumentos
Con armónico són la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno mansamente resonaron.
Y los espectadores muy atentos
A la dama los ojos asestaron,
Y ella llegó á los jueces y alzó el velo,
Y descubrió por rostro un claro cielo.

XXIX

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucía,
Y sus mejillas cual de nieve y grana
Con púdico rubor enrojecía.
Más bella que aparece á la mañana
La clara luz con que comienza el día
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Pueden al mismo amor causar enojos.

XXX

En alta y dulce voz aunque turbada,
Bajando entrambos soles con mesura,
Saludando al Monarca recatada,
Así dijo con noble compostura:
«Oh jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro, sin ventura,
Sola y viuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.

Tomo I.

XXXI

»Sí, oh jueces, á vosotros hoy lo entrega,
Y sin tener quién luégo lo rescate,
Que á vivir mi marido Alfonso Vega
Lo recobrara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que una prenda mia
Os doy, que á vivir él no os la daría.»

XXXII

Dijo; y les entregó su diestro guante,
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Tornándole más bello y más hermoso,
Todo pecho sintióse palpitante
Al advertir su llanto doloroso
Y ella dejó caer el blanco velo
Para ocultar su amargo desconsuelo.

XXXIII

El ilustre don Juan de Benavente,
Deudo del claro Suero de Quiñones,
Atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones:
Y el dulce amor allá en su pecho siente,
Que nunca pierde amor las ocasiones,
Y ardiendo en fuego de amorosa llama
No separa los ojos de la dama.

XXXIV

Y desde su balcon en alto acento
Gritó: «Ilustre señora, el brazo mio
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafío.»
Y más veloz que el mismo pensamiento,
Que amor aumenta su gallardo brio,
De los jueces del campo en la presencia,
Para entrar en la lid pide licencia.

XXXV

Se la dieron al punto, y la señora
Gracias por su gentil cortesanía,
Y él con dulces requiebros la enamora,
Pues ocultar su llama no podía.
Ella con leda faz encantadora
Lo agradece cortés, y se reía;
Y sube de las damas al terrado,
Y á armarse va el don Juan amartelado.

XXXVI

Salió á la tela á mantener la lucha,
Y á recoger la prenda de la dama
Zúñiga altivo, que con honra mucha
Quiere aumentar su merecida fama:
Espera un rato, y á la fin se escucha
La ronca trompa que al combate llama,
Dando señal de que en aquel instante
Llega el guerrero que defiende el guante.

XXXVII

Cuando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y peto diamantinos
Entró el gran Benavente enamorado.
Suenan flautas y huecos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

XXXVIII

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argentería
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y gallardía:
El arnés refulgente dibujado
Con engastes de rica pedrería,
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y allí enredado de la dama el guante.

XXXIX

Los brazales y grevas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturón ostenta con lazadas
De piedras preciosísimas lucentes:
Y por entrambos lados derramadas
Borlas y cintas del borren pendientes,
Y en el remate de su lanza brillo
Da al aire un recamado pendoncillo.

XL

De tanta gala y tanta gallardía
Ufano, y del jinete que le oprime
El fogoso tordillo que regía,
Las herraduras en el campo imprime,
Y con altos relinchos encendía
El aura, mientras el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del ferrado callo
De tan hermoso cordobés caballo.

XLI

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos,
Toma campo hácia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reverberos.
Doña Leonor turbada se demuestra
Viendo á punto de lid los caballeros:
Don Juan la mira, y le saluda ella,
Tiñendo de rubor su frente bella.

XLII

Sonó el clarín y ufano Benavente,
Y Zúñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente,
Con el escudo en alto levantado:
Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y don Juan con el cuerpo soslayado
A Zúñiga tocó con tal pujanza
Que hizo pedazos la fornida lanza.

XLIII

Volvieron á la lid, y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante,
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garbo y su denuedo relevante.
Entrambos de la liza se salieron,
Y don Juan fué á entregar el libre guante
A la dama que afable agradecida
Por su valor le dió gracias rendida.

XLIV

Y mirando su prenda rescatada,
Aunque el sol al ocaso descendía,
No detuvo ni un punto su jornada,
Como don Juan ansioso pretendía.
¡Triste del pobre amante que á su amada
No logra detener!... ¡Ay del que fia
En amor pasajero, y del que adora
Dama que huye al momento que enamora!

XLV

Pero confusa y sorda gritaría,
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo que cundía
Por los delgados apacibles vientos;
Porque otra vez con noble bizarría
Y ricos recamados paramentos
Entra en el circo el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve campeones.

XLVI

Don Bueso de Solis afortunado
Sale á la lid en un caballo overo,
Que en el frondoso Bétis se ha criado,
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.
Celeste capellar lleva bordado,
Y celestes la banda y el plumero;
Y un corazón do un áspid hace presa,
Y el mote, *celos*, lleva por empresa.

XLVII

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horripsona obedece
Uno y otro varón la asta blandiendo.
El uno y otro potro se enfurece,
Y batiendo la arena en ronco estruendo
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

XLVIII

Se apartan, y volviendo á la lid fiera
El caballo que á Suero conducía
Se empina, y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecía.
Parar quiso don Bueso en la carrera,
Pero estaba muy cerca y no podía,
Y aunque desenristrar quiso la lanza,
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

XLIX

Destrozóle el siniestro guardabrazo
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriéndole en un brazo,
Traspasado quedó de amarga pena.
Don Suero con gentil desembarazo,
Teñido en sangre y con la faz serena
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

L

Doña Luz cuidadosa con semblante
Inquieto aquel desastre atenta mira,
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira.
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira,
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena,
De lágrimas la faz demuestra llena.

LI

Triste silencio en el concurso mudo
Difúndese con súbito cuidado,
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y malhadado.
Sólo Suero desprecia el golpe crudo,
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, el susto aleja
Y la palestra entre los suyos deja.

